

## ESTA ES LA FIESTA

*Por Fabián Giraldo*

1.

*Hombre oscuro entra, con botella en mano, a un oscuro lugar. Bebe. Mira en derredor extrañado.*

INVITADO 1: ¿Aquí es la fiesta?

(...)

*Contempla la oscuridad, el silencio. Bebe. Hipea. Detalla la hora en su reloj. Piensa, bebe. Lee tarjeta de invitación. Murmura. Busca de nuevo en el espacio.*

INVITADO 1: ¿Aquí es la fiesta?

*Hipea. Pausa. Encoge los hombros con desconcierto y gira sus pies para salir. Sale.*

*Oscuro. Silencio. Pausa. Al momento se escuchan respiraciones agitadas, pasos sobre tablado desvencijado. Un correteo, caída, el sonido de un metal desenvainado. Un*

*breve silencio y luego un violento tronar de hojas metálicas. Entra de nuevo el hombre con paso más avisado.*

INVITADO 1: ¿Aquí es la fiesta?

*Silencio absoluto.*

INVITADO 1: Ejjjmm. No es necesario todo este teatro. Venimos a celebrar, con la compostura que nos corresponde, la celebración del bicentenario de nuestra independencia. (*Pausa*). Soy yo. He llegado. Aquí estoy... (*Pausa, silencio*).

*Aparece fugazmente la imagen de la Muchacha, susurra y repite: “diles que estoy aquí”. Aparte, la imagen de Soldadito 1, susurrando “novecientos noventa y nueve”. Se repiten las frases y las apariciones. Sonidos de pasos y respiraciones agitadas.*

INVITADO 1: Está bien hacer una celebración con actos artísticos, pero ya está bien. Y no pretendan acercarse a mí. Gracias, pero no. Conocer actores después de una función de teatro es igual a ver a una monja desnuda, cuando momentos antes le vimos su rostro de plegaria. Qué horror. Los protocolos, hay que seguir ciertos protocolos. Mi secretaria con mucho gusto les abre un espacio en mi agenda, cuando estemos en la fiesta

democrática de las elecciones, escucharé sus peticiones; pero ahora no, por favor, respeten mi sensibilidad. Estamos en una fiesta patria. (*Pausa*). El teatro tiene algo de marica; perdonen si se ofenden, eso mismo se lo escuché a un psicoanalista. Ustedes comprenderán, doscientos años de independencia no se celebran todos los días. Por favor, enciendan la luz. El himno nacional. Hay que disponer la orquesta para el himno nacional. Las palabras. Las palabras del señor Presidente en el atril. La marcha triunfal, las trompetas, las armas y el flo...

*Se escucha al instante el estropicio de un objeto de cerámica. Silencio. Pausa. Surge entre las sombras un candelabro de siete velas, como si este flotara por sí solo y emitiera fantasmales rayos de luz. Luego se percibe la silueta de alguien, pero más que un cuerpo, el traje; un traje sostenido en el aire tras un rostro oculto. Candelabro y traje avanzan en lo que parece ocupar una figura decapitada. Unos pasos más y se hace visible después el rostro. Un rostro de mármol, peluca empolvada y un vestido cortesano de comienzos de siglo XIX.*

INVITADO 1: Perfecto. Perfecto. Reconozco el esfuerzo por una cuidadosa escenificación de nuestras fiestas. Bravo, muy bien, artistas de la ilusión. Hijos de la patria. Remitaré la respectiva nota de felicitaciones a la Ministra de Cultura: un singular homenaje artístico celebrado en el Gran Museo. Suficiente. Salud. Nuestras fiestas patrias son sagradas y el arte contribuye con su divertimento. Salud. Pero, por favor, entiendan, el teatro aburre después de unos minutos de tolerancia protocolaria. No

quiero ver cuerpos que se retuercen, miradas como hipnotizadas, mil gestos para querer decir algo que nadie entiende. No quiero ver sus trajes elaborados por modistos de barrio. Qué patético. Enciendan la luz. (*Pausa, silencio*). Y dígame, ¿qué personaje de nuestra historia patria representa usted? (*Pausa*). Héroe, villano (*Silencio*). ¡Ah, pero qué cara hace usted! Me recuerda a mi mujer cuando regreso de una de mis giras parlamentarias (*Ríe y bebe*). Me encantan las fiestas de disfraces. Me encanta ser otro y el mismo. Viva nuestras fiestas patrias. Ahora, me urge ir a los camerinos y buscar el traje adecuado. Quiero escoger el traje más vistoso, el personaje de moda. (*Pausa*). Por favor, deje de actuar y le prohíbo que me siga y me imite como hacen los mimos de la calle. ¿Por aquí es el camino? Gracias, creo conocer bien el museo.

*El invitado sale y la figura del candelabro desaparece.*

*Oscuro. Chocar de sables. En el centro del espacio una luz focal de galería ilumina un florero, blindado en urna de cristal y sobre un alto y esquelético soporte metálico. Al fondo una ventana tipo colonial y a otro costado, en una gran maciza pared, un antiguo y enorme escudo y, en la parte inferior de este, espadas en cruz.*

2.

*Actor 1 y 2, con la disposición de salir. Llevan cada uno una bolsa plástica o morral y termos de comida. Uno de ellos con casco y chaleco de ciclista.*

ACTOR 1: ¿Usted escuchó algo? Me pareció escuchar que alguien entraba. Pasos, voces.

ACTOR 2: Nadie debe acercarse demasiado al florero.

ACTOR 1 (*En la ventana*): Tal vez lo imaginé. Me siento cansado. Los guardias están alrededor de la casa, la calle desocupada y la plaza desierta. Parece como si una gran peste hubiera aniquilado cualquier forma de vida. Sólo guardias y seguridad especial en cada esquina. Todo está preparado. No demoran los invitados a su fiesta (*Pausa*). Me siento tan cansado.

ACTOR 2: Dejamos constancia de que todo está en orden y la advertencia de que nadie debe acercarse a un metro del florero.

ACTOR 1: De nuevo el calambre en la pierna, el dolor de espalda. ¿Nos vamos?

ACTOR 2: Ni jugar con las espadas; pero, sobre todo, tener cuidado con el... florero.

ACTOR 1: ¿Por qué me sentiré tan cansado? Me falta el aire. ¿Nos vamos?

ACTOR 2: Los trajes, para cada uno de los invitados, han costado una fortuna; ni una pizca de polvo les ha caído.

ACTOR 1: Desde la ventana no se ve ni un alma, sólo guardias y las cabezas de los francotiradores en las terrazas vigilando a través de un tubo. Más allá de la plaza se ven los policías de negro con sus escudos, los que parecen escarabajos. Todo está en orden.

Hasta se ingeniaron la manera de que las palomas no sobrevolaran la plaza ni la catedral, ¿cómo harían?

ACTOR 2: Nada que ver con el bagazo de trajes que nos toca ponernos en cada representación. A mí me gustaría lucir un traje de esos, los de tela fina, en los que uno se sentiría perteneciente a una gran clase social, aunque fuera en otra época, clase es clase (*Pausa*). Pero las reglas son las reglas. Mañana, aquí, vestidos con nuestros trajes rancios de época, representando a los antiguos habitantes de esta casa.

ACTOR 1: Ni una paloma, ¿cómo harían? Hace calor y todo permanece en quietud. Me falta el aire. ¿Nos vamos?

ACTOR 2: Espero que no haya olvidado dejar en su sitio las pelucas y las polainas.

ACTOR 1: Me falta el aire.

ACTOR 2: ¿Me está escuchando? A los invitados les gusta encontrar todo en orden. El buen orden, como debe ser. El orden para mantener todo en... orden. ¿Me escucha? ¿Se está usted quejando?

ACTOR 1: No me quejo.

ACTOR 2: Parece.

ACTOR 1: Por qué quejarme. Recibo un sueldo fijo, una tranquilidad, una tarjeta navideña, el saludo de año nuevo del gerente y pronto una pensión. La vida es un contrato de sobrevivencia a término fijo. Qué más da. Gracias al museo puedo pagar la cuota de la casa y el seguro de servicios funerarios.

ACTOR 2: ¿Servicios funerarios?

ACTOR 1: Limusina inglesa.

ACTOR 2: ¿Limusina inglesa?

ACTOR 1: Cofre en madera de pino suizo, con vitrales tallados a mano en los costados y manijas al estilo barroco.

ACTOR 2: Interesante. ¿Forma de pago?

ACTOR 1: Cuota fija.

ACTOR 2: Cuota fija.

ACTOR 1: Salas de velación con iluminación controlada, climatizadas y con aromas finamente seleccionadas de esencias tropicales y mediterráneas.

ACTOR 2: Sorprendente. Me siento respirar ya ese aire exquisito.

ACTOR 1: Hall de entrada con mármol travertino, ángeles de alabastro con brillantes trompetas de bronce y una cascada de agua con fondo musical, luces internas y piedras de diversos colores.

ACTOR 2: De primera, muy elegante.

ACTOR 1: Cremación electrónica, sin ruidos extraños y con la última tecnología en pulverización instantánea. Comunicación inalámbrica vía Internet, en video, con amigos y parientes lejanos. Por último, urna en caoba pura de Brasil, con aplicaciones en oro, plata y bronce de la Última cena.

ACTOR 2: Felicidades, lo envidio.

ACTOR 1: Gracias.

ACTOR 2: Eso se llama tener el futuro asegurado.

ACTOR 1: Hay que pensar en el futuro.

ACTOR 2: Sí, es cierto, el futuro. Yo, en cambio, ingresé al museo con un contrato por prestación de servicios.

ACTOR 1: Mala suerte.

ACTOR 2: Hoy estoy, mañana quién sabe. No puedo ahorrar para una limusina inglesa.

ACTOR 1: Antes, en mis tiempos, cuando hacía parte de grupos de teatro, vivíamos de lo que el público quisiera darnos. Yo era un gran actor versátil, histriónico, reconocido por dominar el difícil arte del ritual del ojo iluminado del teatro hindú. Además, soy egresado de la Escuela Superior de la Improvisación y discípulo directo del maestro Segovio García.

ACTOR 2: Segovio García.

ACTOR 1: Aquí está una foto con el maestro.

ACTOR 2: Hay muchos.

ACTOR 1: El maestro Segovio es que tiene cara de maestro, un bloque de piel y huesos hechos para la solemnidad del saber.

ACTOR 2: Ya veo, el gran maestro.

ACTOR 1: El de la sonrisa tonta y ojos embotados soy yo, el que siempre será un aprendiz. Éramos un grupo de trece inspirados artistas, muertos de hambre pero felices. Viajamos por los cinco continentes, pisamos grandes escenarios y nuestros oídos conquistaban en cada aplauso la ilusión de la gloria.

*Pausa. Silencio.*

ACTOR 2: ¿Usted es... Llorente?

ACTOR 1: ¿Ah?

ACTOR 2: Llorente, el del florero.

ACTOR 1: Antes era el otro.

ACTOR 2: Y yo, el otro.

ACTOR 1: Y por costumbre decía el parlamento del otro antes de que hablara.

ACTOR 2: Yo interpretaba a Bolívar.

ACTOR 1: Yo, Santander.

ACTOR 2: Hmmm.

*Pausa larga. Silencio.*

ACTOR 1: ¿Usted ha escuchado algo?

ACTOR 2: Yo, ahora, nada

ACTOR 1: Pero antes, cuando todos los demás salieron del museo y sólo nos quedamos usted y yo. Me pareció escuchar las espadas y ver la luz de un candelabro.

ACTOR 2: Luces y espadas.

ACTOR 1: Y pasos.

ACTOR 2: ¿Fantasmas?

ACTOR 1: Fantasmas.

ACTOR 2: ¿Fantasmas? No, qué tontería.

ACTOR 1: Yo, fantasmas, tampoco.

*Pausa.*

ACTOR 1: Es algo realmente estúpido creer en esas cosas.

ACTOR 2: Idiota.

ACTOR 1: Imbécil.

ACTOR 2: Tarado.

ACTOR 1: ¿Qué?

ACTOR 2: Tarado, que es tarado creer en fantasmas.

ACTOR 1: ¡Aja! Pienso lo mismo, tarado (*Pausa*). ¿Fantasmas?

*Pausa. Desatan una carcajada delirante.*

ACTOR 2: Esto es lo único que realmente existe en este museo.

ACTOR 1: Fantasmas.

ACTOR 2: Fantasmas. Este museo es una tumba abierta. Yo mismo los he escuchado chillar, arrastrando cadenas. Mejor nos vamos.

ACTOR 1: Espere... ¿Ha escuchado algo? Por allí... ruidos, parece que luchan, caminan eternamente, aúllan, agonizan siempre. Creo que pueden hacer un mejor trabajo que nosotros (*Pausa*). Ay, mi pierna, mi espalda.

ACTOR 2: El público se ha marchado.

ACTOR 1: Nadie. Qué soledad se siente y sin embargo... algo muy cerca... una sombra fría que pasa muy cerca y nos quiere contar algo.

ACTOR 2: No empiece.

ACTOR 1: Soy egresado de la Escuela Superior de la Improvisación. Discípulo del maestro Segovio García.

ACTOR 2: Ya nada de eso existe. No existimos. Fantasmas. Sólo el orden, debemos procurar mantener el orden, el resto es lo de menos.

ACTOR 1: Sí, existimos sólo si alguien nos ve.

ACTOR 2: O cree que nos ve. Alguien dice: ¿he visto a tal actor? Y el otro incrédulo dice: ¿qué va? Tal vez te equivocaste, visiones, vos viste otra cosa.

ACTOR 1: ¿Nos vamos? No hay nada más que hacer aquí. Somos los últimos en salir.

ACTOR 2: ¿Los disfraces están aplanchados y colgados en su lugar?

ACTOR 1: Todo está listo, como en una obra de teatro. ¿Nos vamos?

ACTOR 2: ¿Dejó usted limpio los camerinos? Oiga, ¿me escucha?

ACTOR 1: Espere..., escucho pasos.

*Resuenan los ecos de zapatos de tacón alto, puerta que se abre. Pausa.*

*Aparece sujeto alto con enorme gabardina, anchas espaldas, cabeza cuadrada y peinado con gomina.*

INVITADO 2: ¿Aquí es la fiesta?

*Actor 1 y 2 salen despavoridos, casi empujando.*

3.

INVITADO 2: ¿Pero qué es esto? Putos pánfilos procaces. Potrancos pudendos, pillería pijotera de la más putesca pobrería (*Pausa*). ¡Púdranse! (*Pausa*). Es intolerable estas conductas reprochables. Respeto a los dignatarios, a las instituciones. Preciso hoy, un día de fiesta nacional, cuando más debemos demostrar decoro. El público espera ver la marcha compacta de soldados, el verde ecológico de los camuflados; las nuevas adquisiciones armamentísticas, el aletear de helicópteros artillados, los aviones fantasmas, los anfibios, tanques y más tanques. Esto es, el esplendor de un país con instituciones democráticas sólidas (*Pausa*). Estas fiestas deben ser propicias para expresar nuestra integración. (*Pausa. Piensa*). Sí, las fiestas son propicias... Propicia para adelantar actos legislativos. Con la presencia de los senadores, en medio del licor, la alegría, los desfiles, el patriotismo... Es el momento propicio. Por el bien de la patria, de sus instituciones, la seguridad... una nueva reforma tributaria, un nuevo impuesto para la defensa de la democracia.

*Aparece fugazmente la figura fantasmal de Luis de Rubio, con el atuendo de época. Está con el rostro desencajado, con la boca abierta, como dando un grito pero en silencio.*

INVITADO 2: ¡Qué es esto! ¡No más juegos!, no es hora para obritas de teatro. ¡Váyanse! Tanta mímica y mueca me parece tan repulsiva. Respetar a los altos dignatarios es respetar la voluntad del pueblo que los elige. Es necesario institucionalizar el respeto. Claro, por qué no la había pensado antes. Un proyecto de ley que defienda los pilares de la democracia, es decir, a nosotros, es decir, al pueblo. Y toda ley debe imponer castigos. El castigo nos procura el orden y las buenas costumbres. Un impuesto a los espectáculos, al teatro... no está mal. *(Pausa)*. Los soldados necesitan cordones para sus zapatos; no los podemos enviar al monte a pie limpio para que defiendan la patria de los criminales, de los que quieren reducir la patria a la anarquía. Así será, aprobado y firmado por la mesa de responsabilidad democrática del senado y por el excelentísimo. Imponer la ley y el temor a Dios. Así sea.

*Pausa. Se escuchan respiraciones entrecortadas, pasos, ahogos, suspiros, agonía.*

INVITADO 2: Eh, ¿más putitos graciosos, potrancos bellacos en la oscuridad?

*Suspiros largos. Chocar apagado de hojas de metal. Agonía, suspiros. Pausa, silencio.*

*Pasos acelerados. Pausa. Estropicio de un objeto de cerámica.*

INVITADO 2: ¿Quién está ahí?... ¿Actores? Ya les dije que es muy tarde para obras de teatro. Váyanse. La servidumbre no debe permanecer hoy en el museo, tienen el día libre. Además, los payasos quedan bien para las fiestas monas de niños pimpollos. Esto es serio. Aquí se requiere el paso firme de un soldado, la majestad de altos dignatarios y el trinar de cañones. Debemos demostrar al mundo, en especial, frente a nuestros vecinos, la vitalidad de nuestra democracia y la estabilidad de nuestras instituciones. Esto no es una obra de teatro. Váyanse, actores de museo. La fiesta, es la hora de la fiesta.

*Pausa. Silencio. Se escuchan luego pasos sobre madera desvencijada, se detienen, prosiguen, y va percibiéndose el destello mortecino de luces lejanas.*

INVITADO 2: ¿Aquí es la fiesta?

*Breve pausa. Silencio. Entra Invitado 1 vestido con las galas propias de un aristócrata de principios del siglo XIX.*

INVITADO 1: Aquí es la fiesta, excelentísimo señor ministro.

*Empieza a escucharse, como parte de las ceremonias, una marcha marcial algo lejana, acompañada de redobles de tambor. Invitados 1 y 2 miran un instante por la ventana, saludan y salen.*

4.

*La marcha y los redobles de tambor continúan, pero con una modulación trastornada, como si saliera de un sueño. Las luces se enrarecen. Huellas de pasos marciales que se acercan. Alguien es arrastrado. Jadeos. Tambores con el monótono ritmo anunciando fuego. Campanas de iglesia doblando por los difuntos.*

*Luz celestial sobre cadalso. Mujer crucificada con un seno descubierto. Por encima de su cabeza, en el tronco, un aviso que indica: Reina del Ejército de los Patriotas, 1817.*

CONDENADA: Me besan las bocas redondas, heladas por fuera, ardientes por dentro. Me besan en una mañana de noviembre, con campanas de iglesia, monsergas de cura y tambores latiendo. Me besan, muy cerca, con los labios apuntando hacia mi corazón, con la saliva oscura queriendo hundirse en mis carnes. Besos que matan, aliento de muerte. Me buscan. Tienen mi cuerpo, lobitos hambrientos. Manada servil de los reinos del usufructo. Vengan, aquí los espero. La libertad nunca es gozada por cobardes, aunque se sientan fuertes. Nunca hay patria sin dignidad, sin sueños para sembrar; sólo sería un pedazo de tierra para los buitres. La patria es la familia, nos hace hermanos, y

en donde hay hermandad, hay justicia. Buitres de pico redondo, ¿quieren chupar mi vientre? ¿Quieren besuquear mis pies que corrían rebeldes por los campos? ¿Ah, lobitos del amo de turno? Hoy obedecen a reyezuelos de una España monástica. Monarquía de terror, con su bandada de lacayos prestos a intimidar. ¿Quieren apreciar mis firmes muslos? ¿Quieren que mueva mis caderas de mulata? ¿Quieren beber de mi seno? Soy yo, patriota, como muchas otras mujeres que también han luchado por nuestra libertad común. Mujeres que el polvo y el tiempo han querido borrar sus nombres. Asesinadas y vueltas a nacer, aquí estaremos. ¿Ya casi muerden, lobitos? Juntan sus labios de flor de pantano, aprietan su pistilo y el venenoso néctar se prepara. Esperan la orden. Miran por el agujero de su cobardía. Las bocas heladas en mi corazón. ¡Buitres del reino: siempre estaré aquí para resistir!

*Desaparece Condenada del cadalso. Se escucha la tropa alejarse. Ahora, Condenada aparece más atrás, entre sombras. Está escurriendo sus ropas ensangrentadas en un balde.*

CONDENADA: “Pueblo de Santafé ¿cómo permites que muera una paisana vuestra e inocente? Muero por defender los derechos de mi patria. Dios eterno, ved esta justicia”.

*Oscuro.*

5.

*Entra mujer elegante de gran cabellera rubia. Mira con precaución.*

*Aparece Condenada entre sombras, sigue escurriendo las ropas ensangrentadas.*

INVITADO 3: ¿Aquí es la fiesta?

*Condenada mira en silencio a la mujer, mientras se escucha el caer del líquido en el balde.*

INVITADO 3: Hey, jovencita, te he hecho una pregunta, ¿aquí es la fiesta?

*Silencio, sólo el escurrir de la ropa.*

INVITADO 3: Vaya, vaya, la niñita no quiere responder. Las mucamas de hoy día son rebeldes; pero, a la hora de hacer peticiones, sí que abren bien sus bocazas. (*Pausa. Percibiendo la presencia del florero*). Oh, pero qué veo, qué maravilla, el gran florero. Al verlo siento un *déjà vu*. Símbolo patrio de nuestras fiestas. En la soledad del museo se siente su magnificencia. Qué hermoso. Es más, mandaré hacer una réplica de esta

joya de nuestra historia y la pondré en el centro de mi comedor de caoba. Lucirá perfecta. ¿No te parece jovencita?

*Condenada ha desaparecido.*

INVITADO 3: La más insolentes de las insolentes. Se ha marchado sin muestras de decencia. Ah, pero qué importa, no debo perder el hilo de mis iluminados pensamientos. ¿En qué pensaba? Oh, sí, el florero. Todo colombiano que se respete debería tener una réplica artesanal del florero en sus comedores. ¿Qué he dicho? Oh, esta idea sería un estupendo proyecto de ley. La unión nacional y símbolo de la independencia en nuestras mesas. Por supuesto, esta es la ley que faltaba en nuestro orden constitucional y en la necesidad de establecer la paz en nuestra patria. El Sagrado Corazón de Jesús en las paredes y el florero en las mesas. Así sea.

*Pasos y risas. Dos figuras moviéndose entre las sombras.*

INVITADO 3: ¿Aquí es la fiesta?

*Apareciendo invitados 1 y 2. Invitado 2 ahora también con vestido de época.*

INVITADO 1 Y 2: ¡Aquí es la fiesta, honorable senadora!

6.

*Silencio. La luz focal sobre el florero. Entre las sombras se escuchan murmullos, ruidos de una acechanza. Una suave música de órgano, de tonadas monásticas del siglo XVII, crea un nuevo ambiente.*

*Aparece José Antonio Llorente, con un rostro grave, y más atrás, aún entre sombras, la figura de Luis de Rubio y los hermanos Morales, más atrás.*

LLORENTE: Esta mañana desperté con extraños designios.

LUIS DE RUBIO (*Aparte*): Hoy es el día. Los campesinos en la plaza, huele a hortalizas, especias y guayaba.

LLORENTE: Un sueño. Fue un sueño. Una granada se desprendía de un gran árbol, caía al suelo, se abría y cientos de insectos la invadían. Los insectos anidaban miles de larvas, y las larvas pronto empezaban a devorarlo todo.

LUIS DE RUBIO (*Aparte*): El virrey ordena nuevos impuestos, y un lejano rey se engorda por beneficio nuestro. Tributos para el rey lejano, sus ejércitos y sus guerras.

Trescientos años de colonia, trescientos años de impunidad, robo y hambre.

¿Necesitaremos otros trescientos años para quitarnos los estigmas de esta infamia? Y, aquí, el prospero José Antonio Llorente, con sus mejillas rosadas y chaleco con bordados dorados en la solapa, abre temprano su almacén.

LLORENTE: En este pedazo del reino de España, plagado de insectos, serpientes e indios, algo se agita. Un aire de conspiración en las miradas mulatas. Un veneno que circula y luego se coagula cada vez con más intensidad en las venas de estas gentes. Que Dios nos proteja de la pudrición, de la peste que se avecina en este territorio de intrigas.

LUIS DE RUBIO: Buenos días, señor Llorente.

LLORENTE: ¿Viene usted por el florero?

LUIS DE RUBIO: ¿Cómo lo sabe?

LLORENTE: ¿Viene usted a golpearme?

LUIS DE RUBIO: ¿Cómo lo sabe?

MORALES (*Le susurra a Luis de Rubio*): El chapetón tiene sus informantes. Debemos cuidarnos.

LLORENTE: Soy partidario de la economía del lenguaje y de las acciones.

LUIS DE RUBIO: ¿Tiene usted manteles bordados con tulipanes, rosas y...

MORALES (*Susurrando*): Golondrinas.

LUIS DE RUBIO: ...golondrinas?

LLORENTE: ¿Cuántos desea? Están en la vitrina.

LUIS DE RUBIO: ¿Platos adosados con cintillas violetas y... pinturas de caballos de río?

LLORENTE: ¿Cuántos necesita, cien, doscientos?

LUIS DE RUBIO: ¿Cubiertos con relieve de hojas de palma real?

LLORENTE: ¿Y con dientes de punta de oro? Aquí están.

LUIS DE RUBIO: ¿Pocillos con los rostros grabados de los últimos comuneros asesinados?

LLORENTE: Por supuesto, están de moda, los más solicitados en las principales familias de Santafé de Bogotá.

LUIS DE RUBIO: ¿Tiene un maldito florero para adornar la mesa de la fiesta?

LLORENTE: El florero es nuestra niña mimada. La niña virgen que no puede salir de casa.

LUIS DE RUBIO: Quiero a esa virgen; la necesitamos para nuestra fiesta.

LLORENTE: Así transcurran doscientos años, mi niña no saldrá de esta casa.

LUIS DE RUBIO: Morales, el chapetón nos ha ofendido.

MORALES: Intolerable.

LUIS DE RUBIO: ¡Ha apretado los puños!

MORALES: A este no le son suficientes tres siglos de infamia para que venga a añadir una nueva bofetada.

LLORENTE: ¡Soy agredido en mi buena fe!

MORALES: Mentira. Yo pasaba casualmente por aquí cuando fui testigo de la afrenta contra el señor Luis de Rubio.

LLORENTE: ¡Soy atacado en mi negocio! Llamad pronto al Virrey Don Antonio Amar y Borbón.

MORALES: Ficciones para libros de Historia oficial.

LUIS DE RUBIO: Un golpe cerrado con su mano derecha y prepara la izquierda.

LLORENTE: Conspiradores, cizaña de pantanos hediondos, recibid la ira de Dios.

LUIS DE RUBIO: Ay, esa izquierda dolió más.

MORALES: La ira del pueblo vendrá contra los usurpadores, así vuesa merced se oculte entre los faldones del cura.

LLORENTE: Vosotros, señores Morales, ¿así pagáis con burlas y maltratos a la herencia bienaventurada de la Sagrada Corona? Todo un pueblo hundido en las garras de Satanás, en la adoración de dioses impíos, es salvo ahora gracias a la fe cristiana. Esta va por su Majestad Católica.

LUIS DE RUBIO: Ah, en el centro de mi cólico.

MORALES: El pueblo exige el fin de la dominación; la instauración de un gobierno que determine su propio destino; la liberación de la tierra y las reformas que conduzcan a una igualdad de la apropiación de los bienes.

LLORENTE: Bienes, bienes, bienes. Se te saliva la boca nombrando esa palabra. Pensáis sólo en el gozo material. Un trozo de tierra en este mundo no os dará la salvación. Id más allá de tus cálculos terrenales, de tus sueños de gobierno. Nuestra verdadera búsqueda está en el gozo del Reino de los Cielos.

LUIS DE RUBIO: Oh, golpe bajo.

LLORENTE: Además, hemos sacrificado nuestras vidas al alejarnos de la madre patria, surcando el pavoroso mar, para traer la palabra de Dios, fuente de salvación, y para acometer la misión cristina de administrar las tierras, mal habida por los indios, con el fin de que germinara el fruto y los más diversos alimentos. ¡Aleluya!

LUIS DE RUBIO: Ah, pateo como el burro.

MORALES: Administrar lo ajeno para alimentar guerras. Qué bonita misión cristiana.

LLORENTE: Ah, vuestra insolencia llega hasta el sacrilegio. ¡Que un rayo divino os carbonice sin contemplación!

LUIS DE RUBIO (*Grita agudo*): Aaaaaaaaaaaaaah.

MORALES: No soportamos más abusivos impuestos.

LLORENTE: Los impuestos que nos protegen de la gran amenaza del terror de los ingleses.

MORALES: ¡La amenaza está en vuestra lengua de lacayo!

*Llorente golpea y Luis de Rubio se encoge del dolor y empieza a abrir la boca, como preparando un grito. El florero empieza a moverse.*

MORALES: Trescientos años de expropiación, silencio y humillación. Trescientos años de abuso del poder, de despilfarro, saqueo, crimen e impunidad. Llevaremos la colonia como un fantasma habitando nuestras casas, como una costra que nos hará rascar por el resto de futuras vidas republicanas. ¡Pueblo, grita independencia!

VOZ: ¡Mueran los chapetones!

*Luis de Rubio vuelve a gritar, más intenso, como señorita histérica, con la agudeza para romper ventanas.*

*Oscuro. Ruidos de algarabía de una muchedumbre y, luego, por encima de todo sonido, se escucha el quebranto de un objeto de cerámica.*

*Pausa. Silencio.*

7.

*Invitados entran muy orondos, beben. Invitado 3 ahora con traje de reina castellana y una luciente corona.*

INVITADO 1: Bellísima, distinguida senadora. Ha quedado usted bellísima.

INVITADO 3: No importa la época, lo importante es mantener el vestido.

INVITADO 2: Exacto. No sólo se reencarna el alma, también el vestido. Hasta las mismas épocas vuelven a reencarnar, con sus personajes, miedos, teorías y tonterías. Varían las sutilezas de los accesorios, pero el alma de todo se aferra por no morir nunca. Nunca. Nunca. No importa el nombre que tengamos en esta vida o en otra; todos queremos tener, así pasen mil vidas, mil épocas y mil personajes, el mejor vestido.

INVITADO 1: Bravo.

INVITADO 3: Bravísimo. Mejor, no pudo quedar dicho.

INVITADO 1: Excelsa filosofía propia de un excelentísimo ministro.

INVITADO 2: El rey soñará con volver a ser rey. El Papa anhelará los lujos de mundo y suplicará por ser Papa nuevamente; el poderoso, con ser poderoso, y etcétera, etcétera.

INVITADO 1: Y la palabra “nunca”, ¿ha oído, honorable senadora? Esta palabra, por sí sola, guarda su propia lírica. Verdaderamente poética. Nunca lo había pensado, pero nunca es nunca. En un poema, una novela o en un drama, la palabra nunca vale por sí misma. Contiene el tono dramático, lo infinito de la poesía y lo oculto de la filosofía.

INVITADO 3: Senador, ¿usted también nos va a deslumbrar con excelsa filosofía?

INVITADO 2: Basta un ejemplo para ilustrar lo que el eminente senador ha señalado.

INVITADO 3: ¿A manera pedagógica?

INVITADO 2: Sí; a manera pedagógica. Fui también Ministro de Educación y algo se aprende de los pedagogos.

INVITADO 1: Por supuesto. Continúe por favor.

INVITADO 2: Nunca.

INVITADO 1: ¡Ah! ¿Qué?

INVITADO 2: Nunca.

INVITADO 1: ¿Cómo?

INVITADO 2: Nunca.

*Pausa. Silencio. Se miran entre sí. Estallan en furibunda carcajada.*

INVITADO 3: Estupendo. Es usted un genio ministro. Diría el poema más corto del mundo.

INVITADO 1: Y con sorpresivo esguince dramático.

INVITADO 3: Y sin exagerar, filosófico.

INVITADO 1: Sí; me adhiero.

INVITADO 3: La condensación filosófica en un solo gesto. Según el libro del exegeta normando... hmmm... de... Siempre se me olvida, lo cierto es que dice: nunca llorar sobre la leche derramada.

INVITADO 2: Muy cierto.

INVITADO 1: Me adhiero.

INVITADO 2: Aquí, por ejemplo, el florero. Nunca un florero se rompe dos veces.

INVITADO 3: Sí; efectivamente, como la filosofía esa del río.

INVITADO 2: Así es. Han pasado doscientos años y nunca, escuchen, nunca volvió a romperse.

INVITADO 1: Sí; no lo había pensado desde esa óptica. Sorprendente análisis doctor.

INVITADO 2: Y nunca deberá volver a romperse. ¿Saben por qué? El florero se destruye del todo o, por una extraña razón, se sujeta invariable a una cadena del tiempo que lo rodea y que nos incluye a nosotros. El espíritu de las cosas se une con el espíritu de la época y transmigra a otras épocas, encarnándose secretamente en las estructuras de nuestro mundo. Lo frágil reencarna en formas más duras, pero siempre con la apariencia de lo frágil, y en esa aparente fragilidad deviene en un poderoso símbolo. ¿Han visto las milenarias cerámicas de China, de la antigua Persia? Ahí están. Parecen fantasmas de tierra, pero ahí están.

*Empieza a escucharse otra marcha unísona y contundente de batallones de guerra.*

INVITADO 3 (*Asomada a la ventana*): Vienen, ahí vienen, qué alegría.

INVITADO 2: Senadores, en guardia, firmes. Debemos corresponder a nuestro gloriosas Fuerzas Armadas.

INVITADO 1: Qué barbaros son nuestros soldados, cada vez suben más la punta del pie hasta las narices, como los rusos.

INVITADO 2: Entre más se sube el pie con firmeza y determinación, ojalá hasta la nuca, significa el grado de dignidad que alcanza un país, especialmente, en relación con sus vecinos.

INVITADO 1: Y las suelas golpean con más furia al caer.

INVITADO 2: Este ademán simboliza el azote al que están expuestos los criminales que atenten contra nuestro orden institucional.

INVITADO 3: ¡Qué perfecta sincronía! ¡Qué gallardía y porte de nuestros soldados! Al fin parecemos ya un país desarrollado y civilizado.

INVITADO 2: Así es, mi querida senadora. Es importante representar el orden y la armonía a través de las instituciones, para que el pueblo asimismo corresponda con igual carácter. Y si algún soldado no golpea el pie con suficiente brío, será amonestado con vergonzosos castigos en el batallón.

INVITADO 1: ¿Y qué castigos reciben los insubordinados?

INVITADO 2: Castigos que sirvan de ejemplar escarmiento: jardinería, costura, lavado de baños, obras de teatro, etc.

INVITADO 3: Terrible, pero ejemplar.

INVITADO 1 (*Para sí*): Cosas de marica.

INVITADO 2: ¿Dice usted, senador?

INVITADO 1: No, nada, señor ministro. Recordaba sólo las palabras de un famoso psicoanalista.

INVITADO 3: Ministro, ¿pueden llegar nuestros soldados a golpear más duro con sus suelas? Me encantaría vibrar con cada uno de esos pasos varoniles.

INVITADO 2: Sin lugar a dudas, mi estimada senadora. Sólo basta una llamada al comandante de ceremonia para cumplir este deseo suyo. (*Se aparta un momento para llamar. Vuelve*). Por otra parte, poseemos señal internacional de televisión para que todo el mundo, todos los países, especialmente nuestros vecinos, escuchen en cada paso la grandeza de nuestra patria.

*En crescendo la marcha y a la vez generando una vibración que hace tambalear el florero.*

INVITADO 3: Señores, quiero aproximarme más a este bello desfile. Vámonos al jardín.

8.

*Oscuro. La marcha se va escuchando apagada, lejana. Tonada marcial de tambores.*

*Aparece sin rostro la Condenada, canta mientras exprime sus ropas ensangrentadas.*

*Como ecos de su voz se escuchan coros femeninos.*

CONDENADA: Me besan las bocas redondas,  
Me besan con saliva de fuego y ceniza,  
Me besan en un lecho de sangre y de sombras,  
Los labios fríos de un reino de horror.  
Me besan y se van  
Por un camino de acechanza y dolor.  
Se van buscando nuevos besos,  
Locos enamorados de la muerte.  
Me besan y se van  
Y volverán por mí  
Para reconquistar el cuerpo que no los desea,  
Para besarme en otros cuerpos.  
Pero el aliento de sus besos  
No podrán ahogar

El grito de libertad.

Recuerda,

La patria es la familia,

La patria son los hermanos.

*Entra Invitado 1. Condenada calla; escurre las ropas.*

INVITADO 1: Señorita, pensé que no había servidumbre alguna. Oh, veo que se ha manchado de vino su vestidito. Qué pena. Estos accidentes suelen ocurrir. Se ve usted muy solita, inocente, y debe estar ya cansadita. Pero sabe, es usted muy atractiva, aunque no le veo bien el rostro. ¿Desea que la acompañe? Tal vez podamos hablar de cositas muy interesantes. ¿Le gusta usted la poesía? Pero espere le sirvo y me sirvo una copa de licor.

*Invitado 1 sirve unas copas y al girar hacia la Condenada, esta ha desaparecido.*

INVITADO 1: Si no te parece mal, en un momento te ayudo a secar tu ropa, mientras escuchas un poema que acabo de escribir, se titula: bella mujer bañada en vino, la quiero beber. ¿Estás de acuerdo...? Oh, ¿qué te hiciste, cariño? Te esfumaste así de fácil. ¿Quieres jugar a las escondidas? Ya te encontraré. Ya te encontraré. Por más

rincones que tenga este museo, te encontraré. Y en nuestro rinconcito haremos cositas que no olvidarás (*Ríe. Sale*).

10.

*Continúa la marcha militar. Entre las tinieblas surgen las figuras de dos soldados de finales del siglo XIX. Uno, con alguna insignia roja, y, el otro, con una azul. Ambos con machete como arma.*

SOLDADITO 1: Novecientos noventa y siete, novecientos noventa y ocho, novecientos noventa y nueve.

SOLDADITO 2: Es igual a cortar mala hierba. Igualito. Se corta la mala hierba sin pensarlo, pues no hay nada que pensar, se corta y punto. Mala hierba.

SOLDADITO 1: Novecientos noventa y nueve.

SOLDADITO 2: Usted es rojo.

SOLDADITO 1: Ah, usted es azul.

SOLDADITO 2 (*Desenvainando el machete*): Agache la cabeza. Me queda más fácil quitarle la cabeza si usted se agacha.

SOLDADITO 1 (*Sacando un papel. Lee*): ...setenta cuatro, setenta cinco y (*anotando*) setenta y seis.

SOLDADITO 2: ¿Qué hace? Le ordené que agachara la cabeza.

SOLDADITO 1: Contando.

SOLDADITO 2: ¿Contar? Usted sólo tiene que agachar la cabeza y morir.

SOLDADITO 1: Setenta y seis.

SOLDADITO 2: ¿Setenta y seis?, ¿qué es eso?

SOLDADITO 1: Ese es su número.

SOLDADITO 2: Yo no tengo números.

SOLDADITO 1: Lo tendrá.

SOLDADITO 2: ¿Por qué?

SOLDADITO 1: Porque son números para contar muertos. Usted es el número setenta y seis. He matado hasta ahora setenta y cinco azules. Veinticinco con fusil, cincuenta con machete.

SOLDADITO 2: ¿Y hasta cuánto sabe contar usted?

SOLDADITO 1: Hasta mil. Me sé los números del uno hasta el mil.

SOLDADITO 2: No le creo, eso es mentira. Ustedes los rojos son mentirosos. Yo me sé los números de uno hasta el diez, los mismos de la mano. Casi nadie se sabe más.

SOLDADITO 1: ¿Cuántos años tiene usted?

SOLDADITO 2: Diez, eso me dicen.

SOLDADITO 1: Usted es un niño y va a morir sin siquiera conocer los números. Yo soy un hombre de verdad y me sé los números hasta el mil. Yo tengo doce años.

SOLDADITO 2: Ser hombre de verdad es aprender a matar a otro hombre, sobre todo si es un rojo. Yo he matado a muchos rojos desde que empezó la guerra. Los rojos son malos y usted se va a morir. Yo soy un hombre.

SOLDADITO 1: Un señor contó hasta ochenta mil, y otro dijo que fueron ciento ochenta mil.

SOLDADITO 2: ¿Contaban qué?

SOLDADITO 1: Muertos. En esta guerra ha habido ochenta mil muertos o más. No sé cuánto es ochenta mil, pero alguien me dijo que es como contar las estrellas en la noche o contar los peces del mar.

SOLDADITO 2: Pues usted va a hacer ahora otro pez, pero en el mar de tierra.

SOLDADITO 1: Y usted, otra estrella, en un cielo de tumbas.

SOLDADITO 2: Agache la cabeza.

SOLDADITO 1: El pueblo no agacha la cabeza.

SOLDADITO 2: Que agache la cabeza o le corto las patas, mala hierba.

SOLDADITO 1: Mala hierba su madre.

*Se enfrentan en un violento choque de machetes.*

SOLDADITO 1: Dicen que han pasado cuatrocientos años queriendo que el pueblo agache la cabeza. Y cuatrocientos años es mucho, es como contar las gotas de sangre derramada. El gobierno conservador oprime al pueblo con impuestos, saquea tierras, nos desplaza y nos mata. Queremos la revolución, que nos devuelvan la tierra, que podamos contar todos los números para contar los frutos de la cosecha y para que podamos comer.

*Se atraviesan mutuamente los machetes. Mueren los soldaditos.*

SOLDADITO 1: Setenta y seis.

SOLDADITO 2: Diez. Usted es mi muerto número diez, como los dedos de la mano.

SOLDADITO 1: Novecientos noventa y nueve. Faltaba un día para mil.

SOLDADITO 2: ¿Mil?

SOLDADITO 1: Sí; dicen que esta guerra se llama *La guerra de los mil días*. Hoy es el día novecientos noventa y nueve. Empecé a contar desde el día en que los azules nos quitaron nuestro pedacito de tierra, asesinaron a mi mamá por el vientre y le cortaron la cabeza a mi papá. Desde ese día empecé a contar muertos y días. Sólo faltaba un día y todos se olvidarían de esta guerra, cada uno volvía a casa. Pero este día novecientos noventa y nueve se hace muy largo, como una noche que nunca se quiere ir, con una luna ensangrentada que vigila nuestras pesadillas. El día mil está muy demorado. Pero, aún así, mañana es el día mil y podremos ver la luz.

11.

*Los invitados entran de prisa, con la curiosidad de niños que miran tras las ventanas.  
Se escucha el sobrevuelo de aviones.*

INVITADO 2: Hermosos 15 millones de dólares sobrevolando el espacio soberano de nuestra patria. 15 millones de dólares en cada una de estas portentosas águilas, dotadas con radares antimisiles, bombas inteligentes y gran capacidad técnica para operaciones nocturnas. ¿No les parece una inversión valiosa, senadores?

INVITADO 1: Bellas, portentosas, valiosas... sí, pero...

INVITADO 2: Por la defensa de la democracia todo esfuerzo es mínimo.

INVITADO 1: “Pájaros de hielo que ponen huevos negros”<sup>1</sup>.

INVITADO 3: Eso, el color, negro. ¿No podrían tener un toque más artístico y colorido?

INVITADO 1: No, yo me refería a...

INVITADO 3: A la identidad nacional, a la cultura y a todas esas cosas que adornan la patria. ¿He interpretado su sentir, senador? Yo estoy de acuerdo con el honorable senador, estos aviones les falta algo, como un lema, por ejemplo, “Colombia, tierra querida, himno de paz y alegría”.

INVITADO 2: Estudiaremos esa consideración, honorable senadora.

INVITADO 3: Un proyecto de ley en este sentido repercutiría enormemente a la unión nacional. ¿Podría contar con su voto, senador?

INVITADO 1: No me refiero a colores, lemas; aquí lo preocupante es el costo. El presupuesto nacional no está en condiciones... usted entiende ministro, además está la salud, la educación...

INVITADO 2: Comprendo su preocupación, vienen las elecciones y hay que afinar de nuevo el discurso.

INVITADO 3: ¿Y qué indican las encuestas? ¿Va en punta la seguridad, la salud, la educación o el empleo? Necesito estar enterada; yo también aspiro a representar nuevamente al pueblo.

---

<sup>1</sup> Mario Rivero, *La Balada de los Pájaros*.

INVITADO 2: Por supuesto que la salud, la educación, el empleo, etcétera. Ni más faltaba. Todos estos renglones ocupan la misma prioridad. Nos esforzamos por proteger estos sectores y así lo demostramos. La apertura que dimos a las bondadosas multinacionales de la salud, aparte de generar empleos, desean atender con caritativo amor a nuestros pacientes, ni qué decir de las industrias farmacéuticas. Y asimismo la educación, y etcétera, etcétera. Pero la prioridad fundamental del hombre democrático es la seguridad. Debemos enfrentar a la bestia feroz de la anarquía para que las demás prioridades funcionen de manera adecuada.

INVITADO 3: Me adhiero.

INVITADO 1: Objeción.

INVITADO 2: Senador, estamos en una alegre fiesta. Usted ha bebido demasiado.

INVITADO 3 (*En la ventana*): ¡Un coro celestial de hélices!

INVITADO 1: Permitidme vuestra merced, os declare mi objeción. Sólo unos cinco minutos.

INVITADO 2: Soy todo oídos, hasta el mismo florero os escuchará, al que por educación no debemos darle la espalda. Hablad al florero como a nosotros mismos.

*Invitado 1 se prepara para un discurso airado, entre tambaleos de ebrio y el ruido creciente de helicópteros. Invitados 2 y 3 miran ensimismados hacia el cielo tras la ventana. Gestos de político en campaña hace el Invitado 1 frente al florero. Los*

*helicópteros zumban con más intensidad; la vibración provocada hará temblar el florero.*

*Al rato, el zumbido se va alejando.*

INVITADO 1: ...de esta manera restableceremos los valores democráticos. He dicho.

*Invitados 2 y 3 suspirando.*

INVITADO 3: Me adhiero.

INVITADO 2: Me adhiero.

INVITADO 1: Sabía yo que iba a lograr la concordia y armonía entre los diferentes partidos políticos. Hasta el mismo honorable florero, en mi presencia, ha vibrado conmovido por la verdad enunciada por mis palabras.

INVITADO 3: Amigos, la fiesta continúa.

*Empieza a escucharse el vigoroso ruido de tanques de guerra. Invitados salen a presenciar el nuevo desfile.*

12.

*El ruido de los tanques se mantiene, pero al enrarecerse el ambiente con luces de una nueva dimensión, los sonidos se escuchan como ecos lejanos. Pasos rudos, muchos pasos. Sobreviene luego una lluvia incesante de disparos. Siniestro se percibe como una silueta entre las sombras, destacándose el casco en la cabeza. Más adelante, está la Muchacha, con un foco de luz proyectándole el rostro.*

MUCHACHA: Era una bonita mañana. Me peinaba y el sol de aquel día de noviembre se filtraba entre mis cabellos, mientras cantaba. En esos momentos el tiempo se detenía y yo cantaba. Cantaba. Arréglate pronto que se te hace tarde para el trabajo, dijo mamá. Sí, el sol hacía brillar mis cabellos castaños y el viento los convertía en un abanico rizado que acariciaba mi rostro. Yo cantaba. Hasta luego, mamá. Qué Dios la bendiga, hija. Los viejos cafés olían a chocolate y las ancianas entraban a misa de seis en la iglesia de San Agustín. En la plaza, las palomas aleteaban en un alegre surco que se abría a mi camino. Caminaba como niña y yo cantaba, entre palomas. Cantaba. No sé por qué, en un instante que no comprendo, en un tiempo controlado por el abismo, me detuve como una estatua helada de cara al palacio, dejé de cantar. De pronto, el palacio se me parecía un fantasma gigante, un triste bloque de cemento. Tonterías que imagino. Pero nadie, nadie se imaginó que ese día iba a llover tanto, todo el día, toda la noche y toda la eternidad. Mi cabello se estropeó con la lluvia.

SINIESTRO: ¿Cuál era su posición?

MUCHACHA: La que atiende en la cafetería.

SINIESTRO: Cafetería.

MUCHACHA: Llegué temprano al palacio.

SINIESTRO: Palacio.

MUCHACHA: Caminé diez pasos.

SINIESTRO: Diez pasos.

MUCHACHA: Saludo al agente de policía. Me registro. Firmo, la última firma en mi vida. El agente sonrío: hoy amaneció más bonita, señorita. Sonrío. Gracias por el cumplido, permiso. Camino veinte pasos.

SINIESTRO: Veinte pasos.

MUCHACHA: Pienso si en verdad amanecí más bonita. Me pongo el delantal, lo ajusto. Enciendo las máquinas. El café debe estar fresco y con buen aroma. ¿Será que le gusto al agente?

SINIESTRO: Su cómplice.

MUCHACHA: El gesto torcido de sus labios lo delata.

SINIESTRO: Lo delata.

MUCHACHA: Los labios se aprietan y los dientes se hincan.

SINIESTRO: Se hincan.

MUCHACHA: Labios sospechosos.

SINIESTRO: Sospechosos.

MUCHACHA: De amor.

SINIESTRO: De complicidad.

MUCHACHA: De ternura.

SINIESTRO: De conspiración.

MUCHACHA: De un beso.

SINIESTRO: De un asalto.

*Muchacha cae y se va retorciendo de dolor.*

MUCHACHA: De lejos me mira y parece que me besara.

SINIESTRO: La señal del asalto.

MUCHACHA: La pupila tiembla y la boca se seca.

SINIESTRO: Preparan los fusiles.

MUCHACHA: Me acaricio el cabello y le sonrío.

SINIESTRO: Ajustan el arma.

MUCHACHA: Me sonrío.

SINIESTRO: Apuntan.

MUCHACHA: Empieza la lluvia.

SINIESTRO: ¡Disparan!

*Muchacha gime con mayor ardor. Se escuchan cañonazos.*

MUCHACHA: Se derrama el café.

SINIESTRO: Derraman la sangre.

MUCHACHA: Ya no puedo cantar.

SINIESTRO: Matar.

MUCHACHA: Camino dos pasos.

SINIESTRO: Dos pasos.

MUCHACHA: Me pierdo.

SINIESTRO: Se atrinchera.

MUCHACHA: No veo la boca sonriente.

SINIESTRO: Serpiente.

MUCHACHA: Los labios sospechosos.

SINIESTRO: Sospechosos.

MUCHACHA: Miro a lo lejos y me ahoga el vacío.

SINIESTRO: Vacío.

MUCHACHA: Río de sangre por su boca.

SINIESTRO: Loca.

MUCHACHA: Veo su cuerpo, un agujero y su corazón roto.

SINIESTRO (*Ríe*): El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

MUCHACHA: Qué Dios te bendiga, dijo mamá.

*Muchacha muere. Desaparece Siniestro.*

MUCHACHA: De niña me traían al museo. Estaba en Quinto B y usaba medias largas hasta las rodillas. Buenos días niños, dijo el guía. Buenos días, señor. Este es el florero de don Llorente. Ah, muy bonito. Miré por la ventana y vi un muro largo y triste, sin dibujos ni ventanas. Es el Palacio de Justicia, me dice una señora. Juego con mis trenzas que me hizo mamá. Bajamos las escaleras, cuento quince pasos. Voy al jardín. No cojas las flores, me dice la profesora. Me pongo a cantar, pero ahora empieza a llover. Veo las gotas caer. Ahora estoy aquí para siempre.

13.

*Aparece Siniestro entre las sombras. Entra Invitado 1.*

INVITADO 1: Coronel, escuché disparos, ¿qué está sucediendo?

SINIESTRO: Unos asaltantes, senador. Tenemos controlada la situación.

INVITADO: ¿Y la muchacha que venía con usted?

SINIESTRO: ¿Cuál muchacha, senador? Aquí no ha entrado nadie.

INVITADO 1: Escuché voces, alguien que sufría.

SINIESTRO: Si ha escuchado algo, tal vez han sido fantasmas. Dicen que hay aquí muchos o que se imaginan ver cosas. Eso es todo.

INVITADO 1: Pero yo la vi con mis propios ojos. ¿Dónde está la muchacha?

SINIESTRO: No hay muchacha.

INVITADO 1: Todo sucedió tan rápido. Estábamos en nuestra fiesta, una alegre fiesta en Palacio. Los músicos entonaban un vals. Senadores, ministros y hasta el excelentísimo, todos poseíamos una chispa especial de humor. Reíamos, bailábamos, bebíamos. Unas copas de más no sientan mal. La ministra Sanín nos deleitó con sus trucos de magia, con su gran poder mental apagaba y encendía la señal de transmisión

de un televisor, sin usar ningún control. El ministro de los tres soles, con los labios risueños de abuelo y su humor candoroso, dijo que podía hacer desaparecer personas y cosas, pero que necesitaba de sus colaboradores y sería en otra fiesta. Después de tanta magia, por petición de todos, yo recitaría un poema de mi inspiración, el amor de mi yegua, y cuando afinaba mi voz para el segundo verso empezó el tiroteo. ¿Qué está sucediendo? Nada que no esté bajo nuestro control, dijo el abuelo ministro de tres soles mientras degustaba una copa de champagne. Las balas seguían como lluvia de abril. Corrí entonces a la casa del arzobispo, para averiguar si él sabía algo sobre lo que acontecía: No me moleste nadie, estoy en una profunda elevación espiritual. Lo dejo en su santa paz y me asomo a la ventana. Muchos soldados, escudos, tanques, helicópteros, fusiles, y lo veo a usted, coronel, corriendo hacia el museo con esa muchacha, la de cabellos rizados.

SINIESTRO: Usted ha bebido demasiado, senador. Nunca hubo muchacha, tal vez una imaginación de otra época. Usted siga con su fiesta, nosotros tenemos el control.

INVITADO 1: ¿Alucinación? ¿Lagunas?

*Invitado 1 y Siniestro se pierden un momento entre las sombras. Murmullos. Se visibiliza de nuevo Invitado 1.*

INVITADO 1: Gracias por su informe, tal vez ha sido así. (*Pausa*). Espere coronel, necesito una opinión suya.

SINIESTRO: Lo escucho.

*Pausa.*

INVITADO 1 (*Confidente*): ¿Usted cree que escribir poemas tiene algo de marica?

SINIESTRO: Depende.

INVITADO 1: ¿Cómo es esto? ¿Depende de qué?

SINIESTRO: Del silencio.

INVITADO 1: Del silencio.

SINIESTRO: Como lo escucha usted, senador, del silencio.

INVITADO 1: Por supuesto, del silencio (*Pausa*). Sabe, silencio es una palabra muy poética, tiene a su vez un tono dramático y algo filosófico.

SINIESTRO: Así es, senador.

INVITADO 1: ¿Qué pasó con la muchacha?

SINIESTRO: No existe muchacha.

INVITADO 1: ¿Pero qué hizo usted?

SINIESTRO: Defendiendo la democracia, compadre.

INVITADO 1: ¿Qué...? ¿Eh?... Espere, me habían contado de que usted pertenecía a un programa de ayuda al discapacitado. Es usted es sordomudo.

SINIESTRO: Así es, lo seré.

14.

*Se escuchan los bombos, platillos y trompetas de una banda de guerra. Sones alegres y folclóricos. Entran los invitados, más ebrios.*

INVITADO 3 (*Ríe agudo, hasta más no poder*): ¿Fantasmas? Buuuuuuuuu.

INVITADO 2 (*Ríe más discreto*): Muy gracioso, senador. Un apunte demasiado bueno.

INVITADO 1: ¿No escucharon nada, ni gritos o disparos?

INVITADO 2: Esta ciudad grita y dispara por doquier, senador. Nos volveríamos locos si pusiéramos atención a todo.

INVITADO 1: La muchacha, ¿vieron a la muchacha?

INVITADO 3: ¿Le encantan las muchachas, honorable senador?

INVITADO 2: Las muchachas de hoy día andan por aquí andan por allá sin ley y sin dios; beben, asaltan, se desnudan, blasfeman, matan, juegan, se desaparecen... lo que usted quiera. Son incontrolables.

INVITADO 3: Incontrolables, muy cierto. Ya pensaremos en crear una ley para ese problemita. Pero nuestro tema no eran las muchachas ni los fantasmas. El senador iba a deleitarnos con un recital de poesía, cuando de pronto quedó en silencio y dijo sentir la presencia de fantasmas y disparos. Ya pasó todo. Ahora sí continúe usted, estimado senador.

*Se escucha la procesión aérea de helicópteros y aviones; el bramido de los tanques, y la marcha de soldados. Invitados 2 y 3 ensimismados y bebiendo tras la ventana. Invitado 1, frente al florero, con la compostura formal de quien va a ofrecer un recital.*

INVITADO 1 (*Bebe*): Un palacio en llamas... unos cabellos rizados... cañones y luces en la oscuridad... aliento y ceniza... sembrados para el olvido... en un huerto... desconocido.

INVITADO 3: Magnifico ritmo.

INVITADO 2: Compacto, soberbio.

INVITADO 1: Gracias, gracias.

*Aparece la Muchacha, entre sombras, como niña jugando con sus trenzas.*

INVITADO 1: Hola, querida niña de ojos confundidos, te tengo en mi silencio. En todos nuestros silencios te tenemos, como una culpa de pastorcito. No grites, ya ha pasado todo. Fuiste una pequeña huella de arena en medio del vendaval. Nada queda. Pero no debes preocuparte. Tu memoria la guardé en un cofrecito dentro de mis fríos huesos.

INVITADO 3 (*Suspirando*): Esplendoroso.

INVITADO 2 (*Suspirando*): Adelante, la lucha continúa.

INVITADO 1: Gracias, muchas gracias.

*Aparición momentánea de Soldados, Condenada y Muchacha. Sonido apagado de disparos. Invitados beben sin medida. Invitado 1 trastabilla alrededor del florero y los espectros.*

INVITADO 1: Ahora, un poema del honorable senador José Manuel Vergara:

“Cuando nos dimos cuenta  
Éramos un universo de cosas en pugna.  
Nuestra piel no era la misma  
Las creencias otras  
Y la sangre confundida  
irrupía con violencia

desbordando las arterias.  
Dimos pasos vacilantes  
hacia metas no propuestas  
Y al no poder frenar  
Nuestros ímpetus fatales  
nos volvimos sexuales,  
bailarines y tristes”.

*Invitados 2 y 3 vitorean y saludan a las procesiones.*

INVITADO 2: Ejemplar, maravilloso.

INVITADO 3: Estoy profundamente conmovida.

INVITADO 1: Gracias, muchas gracias respetable público. Si me permiten, con un poco más de licor afinó más mi voz (*bebe*). Verdad que esto de la poesía no tiene nada de marica, ¿o sí? (*Dirigiéndose a los Soldados*) ¿Qué opinan ustedes, jovencitos soldados de la patria? ¿Ya casi tienen derrotado al enemigo? El enemigo es el mejor combustible para encender los ánimos y continuar gobernando. Un invento muy singular. Esta guerra puede durar mil años, pero tendremos un par de días de descanso y luego volveremos a la lucha, porque el enemigo no descansa. Sigán combatiendo, no sabemos para qué rayos, pero vamos adelante, a compartir nuestra gran tumba, con nuestra historia y presente; la inmensa fosa común de un pobre país sudamericano. (*A la Condenada*) Cariño, volviste a aparecer. Dime, ¿te han tratado bien en este museo? ¿Te ha gustado

nuestra fiesta? Ahora te puedo ver mejor, preciosa. Eres joven, aunque tienes una cara de personaje histórico, de heroína mártir del siglo XIX. No es el tiempo de sufrir. Deja esa cara de conspiración, de estar espiando a toda hora. Maquíllate, suéltate el cabello, ponte un vestido alegre y excita a los muchachos. Menéate como lo saben hacer las jovencitas de tu edad. No nos queda más camino que bailar ebrios sobre nuestros charcos de sangre. Salud. Mi vida, ¿te gusta la poesía? Verdad que no tiene nada de marica, ¿o sí? No te desaparezcas de nuevo, siéntate y escucha este otro poema del eminente senador Vergara:

“Vengan a ver  
¿cómo se fusila a un derrotado!  
Ese día la plaza estaba llena de banderas  
de bullicio  
y aguardiente.  
¿La causa?  
Era un prisionero peligroso  
que podía rebelarse.  
Pero el mayor espectáculo  
fue cuando la vanidad salió a la plaza  
paseándose a caballo  
en traje de gala.  
Y cuando sonaron los disparos  
Con una sonrisa pícaro  
se ocultó en Palacio”.

*Invitado 1 ríe delirante, tambalea y cae al piso.*

*Pausa. La uniforme procesión de soldados y maquinaria de guerra, trompetas y tambores. Invitados 2 y 3 con caras arrobadas; ambos, vistos como en el cuadro de una pintura de familia real del siglo XVIII.*

*Aparece en primer plano la figura de la Muchacha, contemplando el florero.*

INVITADO 1: No existes. Eres parte de mi imaginación etílica y de los dolores de espalda de mi memoria. No te trajeron aquí para que conocieras el museo, sino para que hicieras parte del oscuro silencio de sus paredes. ¿Por qué miras tanto ese florero? ¿Quieres aprender un poco de historia patria, mi querida niña? Está bien, te haré una pregunta de historia patria, como en los exámenes del colegio, mientras tu profesora de sociales bostezaba y miraba su revista de modas. Aquí viene, prepárate (*declamando*):

“¿A quién iban a homenajear  
cuando rompieron el florero?”<sup>2</sup>

*Invitado 1 ríe cansado. Las luces en el museo decrecen. Pausa.*

INVITADO 2: Nada tan conmovedor como el vuelo libre de los pájaros, el ritmo de un corazón de león y la tenacidad de las garras de un águila.

---

<sup>2</sup> José Manuel Vergara, *La Patria Boba*.

*Pausa. Invitado 2 haciendo una reverencia al Invitado 3.*

INVITADO 2: Vuestra majestad, las tropas requieren más provisiones. El enemigo está vivo y coleando. Necesitamos un nuevo impuesto de guerra.

*Aparece la figura de Luis de Rubio, iluminado por un foco de luz intensa. Grita delirante con el tono más agudo.*

*Oscuro total. Silencio. Un florero se ha roto.*

Fin.

*Fabián Giraldo*  
*fabian@arteyescritura.org*  
Bogotá, junio de 2009.